

## “Señor, veo que eres un profeta” (Jn 4, 19).

*“Los Equipos de Nuestra Señora al servicio de los hermanos y de la Iglesia”*

### **Introducción: Llevados de la mano de la Samaritana.**

El año pasado, nos hemos detenido en el pozo de Samaria. La riqueza del encuentro de Jesús con la Samaritana nos ha sorprendido. También este año nos dejamos llevar de la mano de la Samaritana para encontrar indicaciones, recorridos y sugerencias para nuestra vida de équi-piers. Lo que estamos celebrando aquí no es una asamblea, sino el encuentro entre el equipo responsable internacional y los responsables de las diversas entidades. Traemos aquí, por tanto, nuestras preguntas y expectativas para continuar la vida de cada día. La mujer llega al pozo como “la Samaritana” y retorna como “conocedora de la fuente de agua viva”. Su encuentro se transforma en misión y profecía entre la gente de su aldea. Para dar continuidad a este encuentro nuestro me remito a una parte de texto ya presentado el año pasado.<sup>1</sup>

*“ La Samaritana buscaría convencernos de la importancia de acompañarnos y de sostenernos en la fe los unos a los otros, aprendiendo a releer juntos la vida y a hacer che cada uno pueda compartir el agua de la propia experiencia; probablemente manifestaría su curiosidad y nos preguntaría adónde encauzamos el agua de nuestro torrente afectivo y si nuestros (compromisos conyugales, presbiteriales, religiosos) dan a nuestras energías profundas la orientación apostólica que han tenido en la existencia de Jesús<sup>2</sup>“.*

¿Cómo hemos vivido este compartir en nuestras parejas y en el camino de nuestros equipos: ¿estamos convencidos de la importancia de la fe en nuestros equipos?, ¿somos conscientes de la necesidad de ayuda mutua y del valor que está escrito en nuestra vocación matrimonial y presbiterial? ¿El amor, en todas sus diversas manifestaciones: caridad, espiritualidad, fecundidad, sexualidad... es fuente de energía y de donación siguiendo el ejemplo de Cristo?

*“Pero la Samaritana, que ha sido liberada de todas sus idolatrías, nos diría sobre todo: “Sed pacientes con la lentitud de vuestros procesos, en romper con estos maridos, estad seguros de que en cada una de vuestras vidas hay un pozo y el Maestro está esperándoos allí sentado en su borde. Tened confianza en su poder de seducción, en su paciencia en derribar vuestras defensas, en su deseo de conducirnos hasta el fondo de vuestra vida, a sus manantiales interiores y secretos, porque Él sabe acompañarnos en este descenso sin impaciencia ni prisa. Cuando le he oído decir a veces: “el agua que quiero darte”, he entendido que estaba prendido del deseo violento de sumergirnos a todos en su corriente.*

*«No os contentéis solamente de lo que ya sabéis de Él: recorred el viaje a la intimidad a la que, entre otras cosas, tenéis la fortuna de ser invitados. Al principio yo no he visto en Él más que un judío, pero poco a poco me ha guiado hasta hacer que lo descubriera como Señor, Profeta y Mesías, como Aquél que desde siempre estaba esperando sin saberlo. Tened el coraje de llamarlo con nombres nuevos, con aquellos que nunca aparecerán en los manuales aridecidos de vuestras bibliotecas<sup>3</sup>“.*

El servicio que cada uno de nosotros está llamado a vivir requiere paciencia, escucha y verdad. El tema de Fátima, este año, es “Vivir en la verdad” (8° mandamiento), que supone un camino de purificación, pero también la capacidad de aceptar el camino gradual de las personas y los equipos que quieren llegar al pleno conocimiento de Cristo y a la santidad. Requiere capacidad de echar raíces profundas y limpidez de la mirada para ver a Cristo. Pide que vigilemos para que sea Él la fuerza y la fuente de nuestro estar juntos. Es necesario también prestar atención a los nuevos

<sup>1</sup> D. Alexandre, en *Passione per Cristo passione per l’umanità* (Pasión por Cristo, pasión por la humanidad) Ed. Paoline, Milano, 2005, pp. 111-114.

<sup>2</sup> op. cit.

<sup>3</sup> op. cit.

nombres con que Cristo se revela a través de las diferentes culturas. Es necesario, por último, verificar las estrategias para llegar a la cumbre de nuestra fe que nos lleve a todos a decir “Es el Señor”.

*« No tengáis miedo de reconocer la sed que hay en vosotros, y no os engaños creyendo que vuestra condición de (cristianos practicantes) os exime de la precariedad y de la vulnerabilidad que caracterizan a todo ser humano: cambiad vuestra actitud de perpetuos “donadores” y sentíos caminantes con quienes caminan y buscadores con quienes buscan. Sólo entonces, de hecho, viviréis la gozosa sorpresa de ser evangelizados por aquellos a quienes queréis anunciar el Evangelio. Aprended a escuchar mejor y, en vez de predicar y dirigir tanto, haceos expertos en pedir, dialogar y compartir con otros la pobreza que nos hace a todos iguales. De hecho, sólo si experimentáis vuestra sed podréis entrar en el juego que yo he aprendido junto al pozo: el hombre sediento que me ha pedido agua ha resultado ser aquel que ha apagado mi sed, y eso me ha convencido luego a hablar de él a mi gente. “Sobre la experiencia misionera con los de su pueblo podría hablarnos de las estrategias que ha utilizado para llevarlos a Jesús: había aprendido de Él también a hacerse experta en humanidad, a relacionar los deseos adormecidos en el fondo de cada uno y buscar los “puntos de ruptura” que pueden dejar pasar la gracia, porque es allí donde está trabajando ya el Señor. Nos diría que para esta misión es mejor dejar de lado las “individualidades realizadas profesionalmente y atareadas en compromisos espiritualmente inofensivos”, porque sólo los “buscadores de pozos”, capaces de acercarse y “tocar”, de perder tiempo e ir más allá de las apariencias, pueden ayudar a otros a iluminar el manantial que hay un en ellos<sup>4</sup>».*

En la fuente de nuestro estar juntos está la palabra del Padre Caffarel: “busquemos juntos”. Es una tarea que no ha terminado y en el servicio nos invita a ser menos funcionarios, y más buscadores capaces de reconocer la acción de Dios en la historia de nuestro tiempo. ¿Cuáles son las estrategias que nos sugieren los tiempos y las situaciones que estamos viviendo?

*«Os aviso, estad preparados: Él os espera en cualquier lugar, en cualquier mediodía de vuestra vida cotidiana, justo en el momento en que estáis envueltos en pequeñas preocupaciones, en peleas recíprocas o en viejas disputas sobre títulos o privilegios. Si os paráis a escucharlo, estáis perdidos para siempre: Él al principio os pedirá algo sencillo (“dame de beber”, “ve a llamar a tu marido”), pero al final, volveréis a vuestra casa sin agua, sin cántaro y con la sed, antes desconocida, de atraer a Él la ciudad entera.*

*«Acoged la noticia sorprendente de que es el Padre quien os busca y desea la respuesta de vuestra adoración. No tengáis miedo de aquella palabra, tan extraña a los oídos del mundo, porque se trata de “la otra tierra” a la cual, al igual que Abraham, habéis sido llamados. Dejad atrás las viejas tierras que os sostenían y adentraos en esta pasión por el Señor y por su Reino, en el que, como deseaba Benito de Nursia, nada se antepone a su amor, y se convierte en una forma de existencia lo que proclamaba el salmista: “Tu gracia vale más que la vida!” (Sal 63,4)»<sup>5</sup>.*

¿Cómo hemos llegado, por tanto, a este encuentro? ¿Qué preocupaciones, expectativas, alegrías traemos de nuestra tierra y nuestros países? ¿Con qué perspectivas nos proponemos volver? Es lo que trataremos de construir en este encuentro. Para ello tomamos pie de la petición de Jesús a la mujer: «Ve a llamar a tu marido», que hace alusión al simbolismo nupcial de la alianza. La mujer intuye cuál es el papel de Jesús como hombre de Dios - «**Veo que eres un profeta**» - y le pide que dirima un la cuestión que divide a judíos y samaritanos acerca del lugar legítimo de culto. Jesús aprovecha esta pregunta para aclarar cuál es la relación correcta para con Dios, el Padre, hecha posible por la donación del Espíritu de la verdad prometido por Jesús. El tema de la alianza, evocado por la metáfora del matrimonio, es inseparable del tema del culto.

<sup>4</sup> op. cit.

<sup>5</sup> op. cit.

En el evangelio de Juan Jesús en cuanto Mesías o Cristo se presenta como el único esposo legítimo (Jn 3,28-29). También en el diálogo con la mujer de Samaria Él, al final, se presenta como el Mesías que lleva a cumplimiento la revelación de Dios: «Soy yo, el que te está hablando» (Jn 4,25-26). Ha hecho comprender a la mujer que su situación actual como esposa no corresponde a la lógica de la alianza porque vive con un hombre que no es su marido. Este hecho lleva a la mujer a reconocer a Jesús como un «profeta». Así pues, Él está acreditado para definir la cuestión del lugar legítimo de culto. También en esta perspectiva los «cinco maridos» de la mujer de Samaria representan la situación religiosa de los samaritanos, que de hecho con el cisma del templo de Jerusalén han perdido la relación de alianza con Dios.

A la mujer Jesús responde con una invitación que le atañe directamente: «Créeme, mujer...». Jesús anuncia la llegada de la hora que marca el final del cisma entre judíos y samaritanos porque inaugura el tiempo de una nueva relación con Dios, el Padre (Jn 4,20). Este es el culto «en espíritu y en verdad» (Jn 4,24). La «verdad» es la revelación definitiva de Dios por medio de Jesucristo, el Hijo, el único capaz de revelar al Padre (Jn 1,14.17.18; 14,6.9). El Espíritu es el prometido por Jesús a sus discípulos como «Espíritu de la verdad», maestro interior y guía a la plena revelación (Jn 14,17;16,13). Con el don del Espíritu, que hace penetrar la verdad en lo más íntimo de los creyentes, Jesús hace posible desde ahora el culto al Padre «en espíritu y en verdad». En pocas palabras, los verdaderos adoradores participan de la relación filial de Jesús, el Cristo. Sobre este aspecto nos detendremos el próximo año.

## **1. La propuesta de este año: “ir en misión”.**

Queremos, pues, salir de este colegio e ir a llevar el mensaje alegre que se nos entrega aquí a los amigos de nuestras ciudades. No podemos tener el evangelio encerrado dentro de nuestros muros y pensar, asustados y desorientados, en lo que sucede ahí afuera, donde, en algunos países, nuestra propuesta interesa cada vez menos, y en otros, nos falta la energía para realizarla. El Evangelio nos pide que vayamos a encontrar a los hombres y las mujeres de esta sociedad. Y la Iglesia en todos estos años, a partir del Concilio, nos ha animado a salir al encuentro de este mundo, aunque ello entrañe un riesgo y un desafío.

Estamos viviendo desde el punto de vista económico, social, político y religioso una situación sobre la que no podemos cerrar los ojos. Tenemos un tesoro - una buena noticia para el hombre - pero cuando queremos darla a conocer, comunicarla a nuestros amigos, nos encontramos en dificultad: el tesoro está como empaquetado por ideas complicadas, por instituciones pesadas que lo tienen prisionero. El mensaje cristiano parece a muchos de nuestros amigos algo que no se puede escuchar. Es evidente que lo que ellos entienden no es lo que nosotros pensamos decir; nuestras formulaciones cristianas se muestran tan lejanas del mundo cotidiano de la gente, de sus modos de pensar y de sus preocupaciones de cada día, que nuestras fórmulas producen el efecto de una lengua extranjera. Además de algo que no se puede escuchar, la propuesta cristiana se muestra también inaceptable, porque parece un discurso ya confeccionado que pretende imponer la verdad y dictar comportamientos anacrónicos.

Con frecuencia, los amigos que habitan en nuestras ciudades tienen otra mentalidad: su cultura es una cultura “laica”, por lo que respecta a la vieja cristiandad, que rechaza los argumentos de autoridad; los problemas del hombre deben abordarse a la altura del hombre; todo se ha de construir en la investigación, el debate, sin poder contar a priori con respuestas que vienen de la tradición o de alguna institución prestigiosa, mucho menos de instituciones religiosas, dado que la misma creencia en Dios ya no constituye el trasfondo evidente de la vida de los individuos y de la sociedad. Los significados, los valores deben buscarse a partir del hombre. En otras formas el mismo problema se manifiesta en las otras culturas a través de sectas, formas de iglesia implicadas con el poder.

Frente a este tipo de mundo y de cultura, la Iglesia corre el riesgo de proponer su fe con las formas y expresiones que sólo sus fieles ya convencidos entienden. Se tiene la impresión de que se encuentran frente a frente dos universos de sentido completamente diferente. ¿Es posible ponerlos en comunicación? ¿Es posible repensar, reformular la fe cristiana de modo que su contenido vuelva a ser escuchable por los hombres de nuestro tiempo?

## 2. Ve a llamar a tu marido.

*“Él le dice: «Vete, llama a tu marido y vuelve aquí.» Respondió la mujer: «No tengo marido.» Jesús le dice: «Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad»“(Jn 4,16-18).*

Jesús ha entendido que la mujer ha quedado tocada y fascinada por sus palabras, pero no quiere que dé pasos que no hayan sido aceptados, acogidos y queridos completamente por ella misma. Hace referencia por tanto enseguida a su vida personal y a su situación matrimonial, que no es ciertamente ejemplar. Salta enseguida a la evidencia que esta mujer tiene que poner orden en su vida. Es un paso importante: el camino de la fe no se puede separar de este “poner orden” en la vida. Tiene que cambiar algo. Es invitada a hacerlo<sup>6</sup>.

En todo esto no hay sólo un significado personal, sino también colectivo: su vida afectiva desordenada se convierte en cierto modo en un símbolo del pecado y de la idolatría de su pueblo: la Biblia cuenta que los samaritanos habían erigido (cf. 2Re 17,29 ss ) cinco templos a los Baal (= ídolos paganos; téngase en cuenta que en hebreo “baal” quiere decir también marido). Para ella como para su pueblo, encontrarse con Jesús es renunciar a la vida vieja, abandonar el hombre viejo con sus pasiones, para comenzar una vida nueva en la libertad del Espíritu, simbolizado por el agua donada por Jesús.

Cuando decimos “Dios”: ¿qué queremos decir? Cuando decimos que “Jesucristo es nuestro salvador” ¿qué queremos decir? Cuando decimos que “creemos en la Iglesia”: ¿qué significa esto? Y cuando decimos que somos équi-piers ¿qué significa esto? Dar respuestas a estas preguntas, estos desafíos suscita temores comprensibles; aventurarse en formas de pensar y horizontes culturales nuevos obliga a renunciar a palabras, imágenes, hábitos mentales que nos vienen de una tradición que hemos asimilado en nuestra historia personal y que constituyen una referencia intocable de nuestra identidad. No debemos dejarnos atenazar por el miedo de dejarnos interrogar por las nuevas culturas, de entrar en regiones nuevas del mundo, de ponernos en tela de juicio, de dialogar con nuestros amigos: es el mismo Evangelio que nos lo pide. Partiendo de Jerusalén hacia todos los países del mundo. Con las raíces en Jerusalén y en las fuentes de nuestra experiencia no tenemos que tener miedo a partir. Cristo, sentado en el pozo, está seguro de encontrar el camino para llegar al corazón del hombre, incluso del hombre de nuestro tiempo.

¿Cuál es el punto de partida sobre el cual encontrarse? Jesús se dirige a una mujer concreta, para decirnos que es del hombre/mujer de quien tenemos que partir. ¿Quién es el hombre? ¿Cuáles son las vías para realizar y salvar la propia humanidad, tan frágil y tan amenazada? Son preguntas que el hombre de hoy se plantea. Partir de este planteamiento permite que la noticia cristiana se pueda proponer a todos y permite también ponerse sobre el terreno sobre el cual ha nacido esa noticia: Jesús no se ha presentado haciéndose valer como Dios o como fundador de una religión; ha vivido como hombre las preguntas y las esperanzas del hombre tal como se expresaban en su tiempo, y, yendo hasta el fondo de su humanidad, ha abierto una vía, ha trazado una respuesta tal, a la petición de sentido, que aquellos que lo han seguido han reconocido la “Palabra de Dios”, el “Hijo de Dios”.

---

<sup>6</sup> Observemos: cinco maridos más uno. El evangelio nos sugiere que la mujer debe encontrar el “séptimo”. Éste viene por último, pero no es de la serie de los precedentes. Lo deberá encontrar como absolutamente excepcional, único.

Partir de la petición de sentido para afrontar el problema del propio destino es típico de “modernidad”. Las sociedades tradicionales no conocían esta exigencia. Mientras las sociedades se mantienen estables, las convicciones colectivas son sólidas y dan una respuesta a todo: un sentido claro, establecido, encarnado en las costumbres, en los sistemas de ideas y rituales, fundado en la religión, en la creencia colectiva en otro mundo, superior, que funda y gobierna nuestro mundo frágil y caduco. El pensamiento cristiano ha servido durante mucho tiempo de base ideológica a sociedades de este tipo. Se habla de “cristiandad”. Las sociedades modernas, en cambio, son móviles y, de hecho, en continuo movimiento. Poco a poco la persona individual toma conciencia de su singularidad; su lugar y su función en un conjunto social cada vez más diversificado y complejo, ya no es claro. Las referencias tradicionales han quedado trastornadas: se vuelven frágiles, precarias, no trasmisibles; hay una desafección por las instituciones portadoras de sentido y de sus funciones (ya sea de la familia, la escuela, las ideologías, los partidos). En estos tipos de sociedades las iglesias y las religiones entran en crisis a favor de un subjetivismo religioso en el que cada uno toma lo que le conviene, lo que le gusta.

El individuo es reconducido a su juicio, no puede abandonarse a una práctica o certeza descontadas; ya sólo se fía de su experiencia personal; ninguna institución que pretenda hablar a partir de su autoridad puede pensar en ofrecer un código global de sentido. Hemos aquí a nosotros, hombres “modernos”, solos ante el sentido de nuestra vida. Nuestras sociedades, por otra parte, no pueden hacer otra cosa que incitarnos a vivir al día, evitando las grandes preguntas sobre las cuales no tienen nada que decir con certeza ni tienen perspectivas sobre las cuales fundarse.

El cristianismo tiene ciertamente algo que decir sobre las grandes preguntas del hombre. Pero no puede hacerlo presentándose como el sistema compacto de verdades ya establecidas desde lo alto. Debe recoger el desafío de partir del hombre y de su búsqueda de sentido.

Pero, ¿qué se entiende por “sentido”? No se trata, sobre todo, de una construcción intelectual, de un sistema de ideas que nos explican la vida y nos dicen lo que tenemos que hacer. “Sentido” es el camino que se abre cada día ante nosotros y que promete de algún modo realizarnos, salvarnos de la desorientación y del sentido del absurdo que nace del choque entre el llamamiento del hombre y el silencio incomprensible del mundo. No obstante estas amenazas, cada día partimos para nuestra aventura con la esperanza de encontrar algo bueno que responda a nuestras expectativas. Ahora, el acontecimiento primordial que nos muestra el buen camino, que tiene “sentido” (me hace sentirme bien, “en casa”, me indica la dirección correcta, da significado a lo que hago), es el encuentro: el encuentro con la mirada y la palabra del otro.

**Es sobre todo la relación humana que produce sentido.** Es la experiencia de cada día: a encender el sentido, a iluminar nuestra vida concreta es siempre una mirada benévola, una palabra de confianza y de promesa. Para que lo que vivimos tenga sentido, es necesario que seamos reconocidos a través de nuestros actos, que éstos sean significativos para alguien, que sean confirmados por vínculos y pactos de palabra. Cuando un luto nos arrebatara una persona querida, el sentido vacila: se siente entonces que la vida los gestos cotidianos que componían nuestra vida dependían de aquella relación, y ahora corren el riesgo de parecernos insignificantes. **¿Qué es entonces lo que da sentido, salva, justifica nuestra vida si no una palabra de amor: una palabra que nos ata y promete? No nos hacemos hombres sino en el universo de la palabra: una palabra benévola, prometedora, de la cual poder fiarse, sobre la cual apoyar nuestro camino.**

Una prueba de ello es el amor entre los hombres - desde el más humilde y cotidiano al más exigente como es, por ejemplo, el matrimonio - que encuentra su solidez en la palabra dada e intercambiada. No obstante todos los riesgos de falta de autenticidad, de mentira, de labilidad, es sólo la palabra que da y promete a suscitar confianza y esperanza. A condición de que la palabra no sea una palabra vacía, sino que se haga carne: adopte la forma de existencia humana que se hace hablante, que indica la manera buena de hacerse hombres, que ayuda a quien más se fatiga para

lograrlo. El sentido de nuestra aventura es, pues, el de tratar de hacernos hombres, de dedicar nuestra vida y nuestras energías a ayudar al hombre - ¿se puede acaso excluir a alguien? -- a hacerse humano. ¿Es éste, el sentido sobre el cual podemos encontrarnos junto a todos los hombres de esta sociedad que desconfían tan fácilmente de los sistemas de ideas y pertenencias? ¿Es éste, tal vez, el lugar donde nos convoca hoy la misión cristiana?

Alguno entre nosotros piensa que la urgencia cristiana sea la de reafirmar el sistema de las verdades cristianas y volver a proponer una fuerte pertenencia a la institución. Es una elección que tiene sus razones y sus riesgos. Hay otra vía que se propone a los cristianos: la de ponerse al lado de los hombres de este tiempo y tratar de compartir la búsqueda de sentido que se ha de experimentar en las condiciones históricas presentes y en los desafíos y las luchas que se imponen para salvar la humanidad del hombre. Buscadores de sentido también nosotros, “como cristianos”, es decir, con un cierto estilo; con el presentimiento de una dirección; con una confianza que atraviesa las luchas y las incertidumbres diarias. Nosotros los cristianos estamos sostenidos y envueltos por un sentido que se nos ha revelado y regalado por la palabra-existencia de Jesús; sentido que se mostrará plenamente sólo cuando se haya completado la labor de salvar al hombre, pero que se deja ver ya de alguna manera en la historia caótica que estamos construyendo. La fe cristiana ¿no consiste en creer que en nuestras pobres vicisitudes de cada día se está construyendo un sentido definitivo en el que cada una de nuestras historias personales será tomada en consideración? Es una apuesta: que podemos hacer porque se basa en la Palabra constituida por la aventura singular de Jesús de Nazaret.

### 3. Queremos ver.

La samaritana, a la pregunta de Jesús responde utilizando el verbo ver que no sólo indica una constatación, sino un camino de fe iniciado. Es la respuesta a un grito que recorre toda la Sagrada Escritura, traduciendo el deseo del corazón del hombre de cada latitud y de siempre. Es el deseo de ver un Rostro, de oír una Palabra, de experimentar una Presencia que dé fundamento, sentido, luz y calor a la vida. El grito suena intenso, en busca de una visión: “Tu rostro, Señor, yo busco, no me ocultes tu rostro” (Sl 27,8); suena insistente, en busca de una palabra: “No estés mudo ante mí, Dios mío, porque si tu no me hablas, soy como quien baja a la fosa”(Sl 28,1); suena ardiente, en busca de un encuentro: “Mis ojos se consumen de esperar a mi Dios” (Sl 69,4).

En realidad es Dios mismo que ha puesto en el corazón del hombre este deseo. Es Dios mismo que inflama el grito, dirigiéndole Él en primer lugar la palabra, interviniendo en la historia para encaminarla hacia la libertad y sosteniendo la búsqueda del hombre, para que no cese de desear y de buscar, aun en medio de las oscuridades y los desiertos de la vida. Los amigos de Dios son aquellos que gritan fuerte a Él, son aquellos que con mayor pasión, libertad y coraje lo provocan para que salga de su escondimiento y su silencio.

Precisamente porque han intuido y experimentado algo de la proximidad de Dios no pueden soportar la distancia: “¿Dónde está tu celo y tu fuerza, la conmoción de tus entrañas? ¿Es que tus entrañas se han cerrado para mí? Porque tú eres nuestro Padre.” (Is 63,15).

Moisés, “el hombre de confianza” en toda la casa de Dios (Nm 12,7), osa más que ningún otro<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Pide a Dios: «Déjame ver, por favor, tu gloria.» (Ex 33.18). El le contestó: «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahveh; pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia.» Y añadió: «Pero mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo.» Luego dijo Yahveh: «Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver.» (Ex 33.19-23).

Job, atormentado amigo de Dios, puesto a prueba y azotado por calamidades más allá de toda medida razonable, termina discutiendo con Dios. Abrumado por los sufrimientos de la vida – desproporcionados e injustos – no le basta un Dios “conocido de oídas” (Jb 42,5).<sup>8</sup>

San Juan, en el prólogo de su Evangelio, recoge este grito y esta historia de la búsqueda de Dios, y en un versículo condensa la inaudita novedad de la encarnación: “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado.” (Jn 1,18).

Por eso, la comunidad cristiana que se forma en torno a Juan puede exclamar en un sobresalto de asombro y alegría: “hemos oído, hemos visto con nuestros ojos, hemos contemplado y han tocado nuestras manos, o sea la Palabra de vida” (1 Jn 1,1).

El contenido de este anuncio es de un alcance extraordinario: “el Misterio escondido desde siglos y generaciones, y manifestado ahora” (Col. 1,26); “El Misterio escondido desde siglos en Dios, Creador de todas las cosas, ... que ahora se ha realizado en Cristo Jesús, Señor nuestro”(Ef. 3,9,10). Lo que urge transmitir a la primera generación de cristianos es que Jesús es verdaderamente “Aquel que existía desde el principio”, el Verbo que estaba en Dios, Dios Él mismo.

La narración evangélica nos muestra hombres y mujeres que quieren ver, escuchar, tocar a Jesús. “Zaqueo trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle” (Lc 19,2-3). La mujer que padecía hemorragia piensa: «Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, me salvaré.» (Mc 5,28). El día en que Jesús se retira a un lugar desierto a orar Simón se pone a buscarle y al encontrarle le dice: «Todos te buscan.» (Mc 1,37). La multitud le sigue, habiendo oído hablar de él, y “cuantos padecían dolencias se le echaban encima para tocarle” (Mc 3,10). Nicodemo va donde Él de noche para hablarle (cf. Jn 3). Una gran multitud de discípulos viene a Él para escucharle (Lc 6,18). En Jerusalén algunos griegos se acercan a Felipe y le dicen: “Queremos ver a Jesús” (Jn 12:21).

Siguiendo a Jesús, escuchándolo, estando con él, dejándose curar por él, se agudiza la mirada, se purifica el corazón de los discípulos, que sólo poco a poco consiguen ver en el hijo de María al Hijo de Dios. Pero es sobre todo sintiéndose vistos, buscados y amados por Él “así”: sin medida, sin mérito, gratuitamente, que aquellos hombres y mujeres consiguen ver realmente a Jesús, a reconocerlo en su misterio. Es lo que le ocurre al centurión al pie de la cruz: “Al ver que había expirado de esa manera, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.»”(Mc 15,39). El anuncio dado por la comunidad de Juan es tan extraordinario cuanto urgente: de ello depende la participación en la comunión eclesial: “para que también vosotros estéis en comunión con nosotros”. Y la Iglesia es misterio de comunión que vive de la comunión trinitaria y en ella “es la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo”. Participar en esta comunión es plenitud de alegría.

¿No nos sobrecoge también a nosotros, a veces, el deseo intenso de ver a Dios, de oír más claramente su voz? ¿No nos asalta en algunos momentos la nostalgia de percibir más concretamente la presencia ... si de algún modo ya lo hemos entrevisto, oído, encontrado? Quizás el grito queda encerrado en el secreto del corazón. Y sin embargo, hay días en que quisiéramos tener la audacia de Moisés, y pedir a Dios que nos muestre su Gloria, hay ocasiones en que haríamos de buen grado nuestras las palabras de Job, y amenazados por lo absurdo de las vicisitudes en que nos vemos inmersos quisiéramos que Dios nos diese una explicación aceptable. En cualquier caso nos hace bien la libertad con que se dirigen a Él los orantes de la Biblia. De ellos quisiéramos aprender sobre todo la confianza, madurada – como puede verse – en una relación viva, asidua y paciente. Pero ante el anuncio de la comunidad de discípulos de Juan podríamos quedar avergonzados y detenernos a distancia exclamando: ¡afortunados vosotros! Vosotros que habéis oído, visto,

<sup>8</sup> “¿Quién me diera saber encontrarle, poder llegar a su morada!, Si voy hacia el oriente, no está allí; si al occidente, no le advierto. Cuando le busco al norte, no aparece, y tampoco le veo si vuelvo al mediodía.” (Jb 23,3.8-9).

contemplado, tocado el Verbo de la vida. Podemos también creer que haya sucedido a vosotros, pero es imposible que suceda a nosotros. S. Agustín, Padre de la Iglesia y grande comentarista de la Primera Carta de San Juan, nos hace comprender que las cosas no están así: “la Vida misma se ha manifestado en la carne, para que, en esta manifestación, aquello que sólo podía ser visto con el corazón fuera también visto con los ojos, y de esta forma sanase los corazones. Pues la Palabra se ve sólo con el corazón, pero la carne se ve también con los ojos corporales. Éramos capaces de ver la carne, pero no lo éramos de ver la Palabra. La Palabra se hizo carne, a la cual podemos ver, para sanar en nosotros aquello que nos hace capaces de ver la Palabra.” (Agustín, *Com 1 Jn 1:1*).

Llegados a este punto podemos preguntarnos: ¿dónde nos es posible vivir este encuentro? Si no en la Palestina de hace 2000 años, ¿dónde? La respuesta de la samaritana nos abre un horizonte nuevo. Nos abre a la experiencia de la comunidad postpascual. “Señor” es el Resucitado, la experiencia de Él que guía nuestra vida. A este propósito, la 1ª Carta de San Juan es iluminante en este sentido: encontramos al Señor en el nosotros de la Iglesia. Es en el espacio de la comunión eclesial que podemos ver, contemplar a Cristo, oírlo, tocarlo. La Iglesia en su misterio, que requiere el esfuerzo de captarla en la Iglesia visible, así como en la Iglesia más escondida, fuera de los límites mensurables. La pertenencia a la Iglesia garantiza la verdad de la visión.

“La Iglesia es nuestra madre porque nos da a Cristo. Una vez visto esto, y habiéndolo visto verdaderamente ya no es necesario exorcizar las apariencias para contemplar y amar a la Iglesia como a una madre. No es ni siquiera necesario haber conservado la frescura o la ingenuidad de los primeros años. También hoy, la Iglesia me da a Jesús. Me explica, me enseña cómo verlo, conserva su presencia para mí. Decir esto es decir todo. ¿Qué podría saber de Él, qué lazos podrían subsistir entre él y yo, sin la Iglesia? ¿En qué arenas se habrían perdido, no digo su recuerdo o su nombre, sino su influencia viva, la acción de su evangelio y la fe en su Persona divina, sin la continuidad visible de su Iglesia? Sin la Iglesia Cristo desaparece, o se desintegra, o se anula” (H. de Lubac, *Paradoja y misterio de la Iglesia*, Milán, 6-7).

Las orientaciones de Lourdes, a este respecto, indican a los equipos dos vías sobre las cuales encaminarse: el Movimiento (servicio al Movimiento) y la comunidad eclesial (servicio a la Iglesia)<sup>9</sup>

#### 4. “Veo que eres un profeta”

La mujer comprende que Jesús no es un hombre cualquiera, y continúa su diálogo con Él: “*Le dice la mujer: «Señor, veo que eres un profeta»* (Jn 4,19-26).

Este es el momento decisivo de la relación entre la Samaritana y Jesús. Encontrándose ante un profeta, formula una pregunta de carácter religioso: ¿dónde adorar a Dios? A partir de esta pregunta, Jesús le hace progresar ulteriormente en forma decisiva, llevándola a comprender el contenido del don de Dios: es decir, que el Padre puede ser adorado ahora en Espíritu y en Verdad. Conocer el don de Dios significa sustancialmente conocer que el hombre que tiene delante no es solamente uno con el cual poder hablar de cuestiones religiosas. El paso decisivo será el de comprender “quién es” el Jesús que tiene de frente y que se dirige a ella con esas palabras. Él parece no hablar directamente de sí mismo, pero nosotros que leemos conocemos las palabras sucesivas de Jesús: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Jesús habla a la Samaritana de aquella verdad de que debemos adorar a Dios en un solo lugar: Él mismo es la *Verdad*, porque es Dios que se manifiesta como hombre. Ya no se adora a Dios, por tanto, en un solo lugar, no se le adora tampoco diciendo solamente oraciones o celebrando actos de culto. Se adora a Dios entrando en el

<sup>9</sup> “Vivir los Equipos de Nuestra Señora como un “servicio de las parejas a las parejas”. Ponerse al servicio del Movimiento es una necesidad real: esto nos hace servidores de la pareja, la familia, del Evangelio del matrimonio y de la vida”. Tenemos que buscar juntos nuevos métodos, para que los equipos y los equipiers se activen más en la Iglesia.

movimiento mismo de Jesús, que va hacia el Padre, encontrando a aquel Jesús que es la Verdad de Dios presente en el mundo, entrando con Él en la condición de hijos y poniéndose a su seguimiento.

Ahora, la mujer aprende a dar un nombre a ese don del cual había intuido la belleza y la grandeza. Adoradores también “en Espíritu”: ello no significa simplemente “espiritualmente” (es decir, una adoración puramente interior), sino que significa: en el Espíritu que Jesús donará con la Pascua. Jesús se remite al momento en que Él, la Verdad, con el don del Espíritu hará verdaderamente accesible el Padre. No sólo entiendo que *es* Jesús, sino que es Dios, porque Jesús le llama “Padre” y le dice que el Padre “busca tales adoradores” en espíritu y en verdad. He aquí entonces que la mujer llega al momento culminante: Jesús se presenta como aquel que responde de verdad a su búsqueda. Ella busca al Mesías, como todos los samaritanos, que esperan un mesías restaurador de todas las cosas: «Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicará todo.». La respuesta es: «Yo soy, el que te está hablando.». Si el punto de llegada es cierto, el proceder es gradual, sobre todo el del profeta.

### **A. Jesús profeta**

La esperanza de los hebreos no se agotaba en el Mesías. Tenemos un testimonio importante en los Hechos de los Apóstoles 3,22-23, donde podemos leer: «El Señor Dios os suscitará un profeta como yo de entre vuestros hermanos; escuchadle todo cuanto os diga.». Y una citación aproximativa del Deuteronomio (18,15-18) y del Levítico (23,29), uno de los textos máximos que habla de la esperanza que los hebreos nutrían en la venida de un profeta al final de los tiempos que habría traído la salvación al pueblo. Para los primeros cristianos, esta esperanza en la venida de un profeta se realizó en Jesús. Encontramos, por ejemplo, un texto de San Juan que testimonia esta espera del profeta: «los judíos enviaron donde él desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: «¿Quién eres tú?» (...) y confesó: «Yo no soy el Cristo (el Ungido).» (...) «¿Eres tú el profeta?» Respondió: «No.» (Jn 1,19-28). Dice precisamente el profeta no un profeta.

San Lucas, tanto en los Actos como en el Evangelio, presenta a menudo a Jesús como el profeta esperado. Junto a la intervención de Pedro después de la curación del enfermo del Templo (Hechos 3,12-26), en que Jesús es presentado como el profeta esperado, tenemos las palabras pronunciadas por Esteban antes de ser lapidado que repite la misma idea: «¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron a los que anunciaban de antemano la venida del Justo, de aquel a quien vosotros ahora habéis traicionado y asesinado» (At 7,51-53). Son muchos los textos en que San Lucas en su evangelio presenta a Jesús como profeta. Los dos discípulos de Emaús, por ejemplo, explican al desconocido que Jesús «fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo» (Lc 24,19).

Lucas 13,31-33 es un texto importante. Tanto más, cuanto que solo él lo presenta, y expresa por tanto su teología personal. Esta vez algunos fariseos ponen en guardia a Jesús de las intenciones de Herodes sobre Él; respondiendo a ellos, Jesús les dice: «Pero conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén». Jesús mismo está convencido de que está yendo hacia la muerte. Pero ve su muerte como conclusión lógica de su ministerio profético. Y esta muerte no puede tener lugar sino en Jerusalén, como lo testimonia el texto siguiente: «¡Jerusalén, Jerusalén!, la que mata a los profetas...» (Lc 13,34). En 7,16 es la multitud que reconoce a Jesús como un gran profeta después de la resurrección del hijo de la viuda de Naim. Es evidente la referencia a Elías y Eliseo (véase 1Re 17,17-24 y 2Re 4,8-37).

En 7,39 nos encontramos con una sorprendente historia que nos hace tocar con la mano la verdadera función del profeta como lo entienden el fariseo y Jesús. Jesús es invitado a casa de un fariseo. Una mujer de mala fama entra en la sala. Jesús la acoge. El fariseo que le había invitado, se decía para sí: «Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora.». ¡Extraña la idea de profeta del fariseo! ¡Para él, el profeta debe ser sólo un adivino digno e intocable, debe contentarse de desvelar el pecado, de ser el acusador de las culpas

de los demás sin preocuparse del destino del pecador! Para el fariseo el profeta no tiene nada que ver con la conversión. Pero un profeta que no ofrece la esperanza como fruto de la conversión no es nada. Mientras que Jesús, con el solo gesto de haber acogido a la pecadora, se comporta como verdadero profeta.

El texto más importante de Lucas es sin duda el de la predicación de Jesús en la sinagoga de Nazaret, en Lc 4,16-30. Sobre todo porque se trata de una intervención y un relato mucho más desarrollado que en los otros evangelios, lo cual indica la importancia que Lucas le atribuye. Luego, porque lo ha colocado al comienzo del ministerio de Jesús. Son las primeras palabras públicas que Lucas pone en boca de Jesús. En cierto sentido, es su programa, un programa profético. En el texto, Jesús se presenta como el profeta. De hecho, no sólo se compara a Elías y Eliseo, figuras tipo de profeta del Antiguo Testamento, sino que presenta su misión y su obra a la luz del famoso texto de Isaías: « El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh» (Is 61, 1ss).

Podríamos citar también el texto de Juan 6,14 que concluye el relato de la multiplicación de los panes, haciendo eco a Deuteronomio 18,18: «Al ver la gente la señal que había realizado, decía: «Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo.»».

Así que no fueron sólo los primeros cristianos a ver en la obra de Jesús el cumplimiento de la esperanza de Israel, expresada en los textos proféticos, sino que la propia actuación de Jesús fue la de un profeta. Es más, Jesús es el profeta, aquél que el Señor había prometido y que Israel esperaba.

## **B. ¿La Iglesia es profeta?**

Es otra cuestión que se plantea con frecuencia. ¿Con demasiada frecuencia se hace una gran confusión! Se dice, por ejemplo, que un cierto documento de una conferencia episcopal es o no es «profético». Se dice también que la Iglesia, a imitación de Jesús profeta, tiene una misión profética, que también ella es «profeta». Si queremos que estas afirmaciones sean pertinentes, tenemos que aclarar palabras e ideas.

Como hemos visto, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, el día de Pentecostés, Pedro, para explicar la situación, hace referencia al episodio de Joel 3,1-5: Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas (Hch 2,14-36). En el libro de los Hechos, como hemos visto, decir que uno ha recibido el Espíritu Santo equivale a decir que se ha convertido en profeta. Tanto es así que en la concepción de profeta, propia del tiempo, el Espíritu estaba necesariamente relacionado con la profecía. Desde un punto de vista general, es justo decir que la Iglesia es profeta. Tanto más cuanto que ella es mensajera de la palabra de Dios, función esencial del profeta, en cuanto testigo privilegiado de la Palabra por excelencia, Jesucristo. Podemos decir así que la Iglesia, en cuanto comunidad de creyentes, es profeta, tiene una misión profética, abierta a todos los pueblos.

Si queremos ser un poco más precisos, debemos subrayar algunos matices. En realidad, decir que la Iglesia es profética, no quiere decir que todos sus miembros están llamados al ejercicio concreto de la función profética; debemos admitir que sólo algunos miembros de esta gran comunidad reciben de hecho esta misión profética..

Lo que la Iglesia dice a través de las afirmaciones y decisiones de sus representantes oficiales, ¿es profético? Hemos dicho que el profeta trae consigo una palabra de exaltación y esperanza a las personas concretas en circunstancias históricas bien precisas; que el profeta está bien arraigado en la vida de su pueblo, en un determinado lugar y en un tiempo preciso. En este sentido, es impensable que la Iglesia tenga una palabra profética universal. En el mundo actual, las situaciones sociales y humanas son sumamente diversas. Si queremos que la Palabra sea escuchada

y acogida por todos, debe mantenerse a un nivel muy general y, por tanto, no podrá considerarse profética. No se puede ser profetas hoy en Rusia y mañana en Guatemala. Afirmarlo y creerlo significa, de hecho, negar la realidad de la Palabra, de la encarnación de Jesucristo.

No obstante, dentro de la misma Iglesia, algunos gestos, algunas intervenciones o comportamientos, que tienen un significado para la Iglesia universal, pueden definirse «proféticos». Por ejemplo, Francisco de Asís, en su vibrante llamamiento a la pobreza evangélica denunciaba la situación de la Iglesia de su tiempo profundamente ligada al dinero y al poder político, iniciando así un movimiento de suma importancia para la reforma de la Iglesia. Lo mismo se puede decir respecto de la convocación del Concilio Vaticano II por Juan XXIII. El hecho mismo de la celebración del Concilio, constituía en efecto una invitación profunda a una conversión auténtica, a un cambio radical y a una esperanza nueva.

Frente a esta presentación «local» de la palabra profética, se podría replicar que el mensaje evangélico es universal y que la palabra de Dios no conoce fronteras. Pero afortunadamente, según el ejemplo de Cristo mismo, esta palabra se encarna y se expresa concretamente en circunstancias diversas. Pretender que exista una palabra profética universal, planetaria es un contrasentido. Hemos constatado en los textos proféticos del Antiguo Testamento (lo mismo se puede afirmar para el Nuevo) hasta qué punto el mensaje de los profetas, arraigado en el tiempo y el espacio, fuese diverso. El campo y la ciudad eran elementos que condicionaban, que marcaban el mensaje concreto de los profetas. En qué modo la historia de la época, el temperamento de los distintos profetas, los problemas a los que respondían, formaban parte del propio mensaje. Las palabras proféticas no son intercambiables. Para decir una palabra profética auténtica, es necesario estar insertados en el grupo y la comunidad a la que va dirigida. No podemos venir de fuera a «predicar la buena nueva profética». La palabra profética nace del interior gracias a la fuerza del Espíritu.

En este sentido, las iglesias locales, las diversas comunidades cristianas y, por tanto, también nuestro Movimiento, pueden y deben desempeñar una función profética en la sociedad en que viven. Deben tener una palabra, un comportamiento y una vida de fe proféticos. **En otras palabras, deben construir la sociedad de los hombres con la exhortación y la consolación, con el juicio crítico y con la esperanza, de los cuales deben ser mensajeros. Juicio crítico de la sociedad a todos los niveles: político, social, cultural, humano. Poniendo al desnudo actitudes, comportamientos, instituciones, valores que no están conformes con el mensaje evangélico. En tiempos de desesperación, que son numerosos, deben ser portadoras de la esperanza en la vida prometida y traída por Cristo.**

Esta palabra profética de la comunidad creyente será necesariamente diferente en función de los lugares y los tiempos, de los problemas y las circunstancias concretas. Tales palabras proféticas podrán ser incluso opuestas entre sí, como se observa en los textos de los profetas del Antiguo Testamento, porque lo que cuenta no es tanto el contenido concreto cuanto la actitud de fe que mueve a las comunidades a comprometerse en cuerpo y alma en el anuncio de la palabra que afecta a todos los aspectos de sus vidas.

¿Es, pues, la Iglesia profética? Sí, pero en la vida, en la palabra y en el comportamiento de las distintas iglesias, en el tiempo y el espacio donde viven y se desarrollan. ¿Es, pues, profética la palabra de la Iglesia? Sí, puede serlo en las palabras y los gestos de las distintas comunidades creyentes para los hombres y las mujeres de la sociedad en que viven. Pero no en todas partes y para siempre: No a nivel universal e independientemente del momento concreto.

### C. ¿Profetas en la Iglesia de hoy?

Un interrogante que retorna continuamente cuando se habla de profetas. La respuesta no puede ser sino afirmativa. No sólo hay profetas en la Iglesia, sino que no podemos prescindir de ellos. De hecho, ¿quién podría afirmar que la comunidad creyente ya no necesita ser edificada con

la exhortación y la consolación, con el juicio y la esperanza? ¿Quién osaría decir que la Iglesia ha llegado ya a un grado de perfección tal en el amor y la comunión de no necesitar ya de la exhortación crítica ni del llamamiento al dinamismo creador de la esperanza? ¿Es ya la fidelidad a Dios y a los hermanos en nuestra Iglesia tan perfecta de no necesitar más de hombres y mujeres que denuncien a las instituciones de la Iglesia cuando su vida ha dejado de ser signo del Reino? El ejercicio del poder, la práctica del servicio en la Iglesia ¿son tan transparentes en sus relaciones con el creyente de considerarla ya superada en este ámbito la protesta profética? Nuestras relaciones y las de la Iglesia «oficial» con el dinero ¿son tan limpias como para excluir absolutamente la necesidad del grito de alarma de los centinelas proféticos conforme al ejemplo de Amós o de Miqueas? La misión de los profetas del Antiguo Testamento, como del Nuevo Testamento, como ya hemos repetido tantas veces, es decir, la de edificar la comunidad con la exhortación y la consolación, adoptará a menudo la forma y modos de los profetas bíblicos de un tiempo, que incomodan y perturban, que gritan y no son escuchados, que despiertan la palabra de Dios y sufren la persecución y el desprecio a causa de la fidelidad a la Palabra que ellos actualizan y hacen presente y viviente. Nuestro modo de hablar y vivir el amor ¿ha encontrado en la Iglesia caminos accesibles a todos los hombres?

El profeta cristiano tiene la misión de hacer actual la Palabra, es decir, Jesucristo, pero no repitiéndola sino actualizándola. De este modo, muestra necesariamente la incoherencia y la distancia que separan la Palabra de la «realidad» vivida por los creyentes a nivel individual y comunitario. Naturalmente a nadie le gusta que le pongan delante la diferencia entre sus palabras y sus gestos, ¡sobre todo cuando se trata de una institución!

Además, en los textos del Antiguo Testamento vemos claramente que los profetas nacen en el seno de la comunidad por iniciativa exclusiva de Dios. Es cierto que había profetas funcionarios, pero no fueron reconocidos profetas por el hecho de ser funcionarios. No es la certificación de la autoridad a hacerlos verdaderos profetas. Por el contrario, es difícil imaginar un verdadero profeta que, tarde o temprano, no entre en conflicto con la autoridad.

En la Iglesia los profetas no son constituidos como tales por ninguno; sólo el Espíritu los suscita. La Iglesia, la comunidad de creyentes, sólo debe escucharlos, examinarlos y saberlos reconocer. Sin prisas pero sin perder demasiado tiempo. En este sentido, como sucede siempre cuando se trata de profetas, nos movemos en un terreno delicado. No es necesario, de hecho, pensar en profetas aceptados por todos, siempre seguros de sí mismos, capaces todos de actualizar la misma palabra, al reparo de todo riesgo de error. No creemos que los profetas son reconocidos inmediatamente. No podemos imaginar profetas que conduzcan una vida dulce y serena, sin sufrimientos ni persecuciones. Por otro lado, la crítica por la crítica, el rechazo sistemático, el gusto de lo nuevo por lo nuevo no son necesariamente signos de profecía auténtica. También en esto los extremismos quedan lejos del profetismo auténtico.

El profeta cristiano, por tanto, al igual que el del Antiguo Testamento, será a menudo cuestionado durante su ministerio, rechazado o aceptado que sea, y sólo su muerte proporcionará la prueba necesaria para el reconocimiento definitivo. Al igual que sus predecesores, el profeta adquiere su verdadera dimensión sólo después de su muerte. La vida del profeta es siempre signo de contradicción.

¿Profetas cristianos en la Iglesia de hoy? Sí. Como en la Iglesia de siempre. ¿Nosotros profetas en la Iglesia de hoy? Sí, si seguimos los pasos del P. Caffarel. Porque creer en la actualidad de Dios significa creer en la presencia de profetas en medio de nosotros para hacer actual su Palabra. Creer en la fidelidad de Dios y en su Iglesia significa creer en la presencia de profetas en medio de nosotros para hacer actual su Palabra. Creer en la fidelidad de Dios y en su Iglesia significa creer que Él no permitirá que se duerma, que se disipe, que pierda la fuerza y el dinamismo de la esperanza. Por ello Jesucristo, el profeta, se hace presente a través de hombres y

mujeres profetas los cuales, cada uno a su manera, en su tiempo y su lugar, actualizan la Palabra que vivifica a todos aquellos que creen en Él

## 5. Tenía que atravesar la Samaria

Mientras Jesús se aleja de Galilea y Judea da inicio en Samaria a la nueva misión. Fue allí con los primeros discípulos y en Caná de Galilea expuso su programa (Jn 1,43; 2:1-11): « Dio comienzo a sus señales... manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos » (Jn 2,11). Ahora vuelve allí para abrir su misión al mundo, a través de los samaritanos. Para anunciar el *culto universal* (Jn 4,20-26) y la *misión universal* (Jn 4,31-32)<sup>10</sup>.

Jesús, ciertamente, podía pasar a la Galilea, sin atravesar la Samaria (subiendo a lo largo del valle del Jordán), pero al evangelista le interesa situar aquí el episodio importante de su ministerio, probablemente porque su comunidad mantenía estrechos contactos con ambientes samaritanos, pero sobre todo porque el encuentro con la mujer samaritana prefigura la misión de la Iglesia para con el mundo pagano (Jn 4,27-42; 12,20-24). El escenario está constituido por el pozo de Jacob, que sirve de enlace recapitulativo a aquella vena de agua que del antiguo patriarca llega hasta Cristo, «fuente de agua viva» (Jn 4.14). Junto a este pozo se encuentran: Jesús, Mesías no reconocido por su pueblo, y una mujer samaritana, heredera de una fe que los judíos consideran no pura, que reconoce al Mesías.

Con la mujer de Samaria se revela gradualmente. La mujer se avergüenza de su situación irregular, por eso dice: « No tengo marido ». Jesús para no herirla, agradece y elogia su sinceridad («Bien has dicho »). Jesús actúa con la samaritana como lo había hecho con Natanael: muestra/revela su conocimiento misterioso y profético. Constatando que Jesús conoce los secretos de su vida, la mujer lo reconoce como un hombre de Dios, y por eso dice: «Veo que eres un profeta» (Jn 4,19). La palabra *profeta* (*prophétés*) o enviado de Dios es una denominación que Jesús se aplica también a sí mismo (Jn 4.44), pero que los fariseos se lo niegan («Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta », (Jn 7,52). En dos ocasiones Jesús es reconocido como profeta: por la *mujer samaritana*, que a partir del conocimiento sobrehumano de Jesús llega a la conclusión de que es «un profeta» (Jn 4,19); y por el *ciego curado*<sup>11</sup>. Entre estas dos escenas existe un paralelismo: el reconocimiento de Jesús como profeta es seguido por una revelación de Jesús al individuo: en el primer caso, se revela a la mujer de Samaria como «el Mesías» (Jn 4,25-26); en el segundo, al ciego curado como «el Hombre». Por otra parte, en el caso de la samaritana, se llega al final a la confesión de Jesús como «salvador del mundo» (Jn4,42), en el caso del ciego, Jesús mismo se revela a sí mismo como «la luz del mundo» (Jn 9,4). Cada vez que hay un verdadero encuentro personal y dos personas se revelan, se revela Dios mismo.

La mujer invita al profeta Jesús a aclarar la cuestión sobre el verdadero culto: «Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar » (Jn 4,20)<sup>12</sup>.

La respuesta de Jesús requiere dar un paso adelante, por ejemplo un suplemento de fe («Créeme, mujer»). Con la venida del Mesías ha terminado el tiempo de los templos para la adoración a Dios. La adoración del Padre, en la era mesiánica, no estará vinculada a un lugar, aun cuando ésta pasa a través de la revelación auténtica de un descendiente de Judá (Jn 4.22). La

<sup>10</sup> Jesús « abandonó Judea y volvió a Galilea. Tenía que pasar por Samaria. Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca... estaba el pozo ... como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo» (Jn 4,3-6).

<sup>11</sup> Interrogado por los fariseos, responde a partir del hecho de que Jesús le ha abierto los ojos («¿Y tú qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos?») El respondió: «¡Que es un profeta!», 9,17).

<sup>12</sup> La mujer plantea a Jesús el viejo problema que dividía a samaritanos y judíos, el de los dos santuarios: Garizim y Jerusalén. El santuario del monte Garizim que dominaba la antigua Siquem había sido destruido por Juan Ircano en el año 129 a.C. Era el lugar principal del culto samaritano. Jesús aclara la cuestión del «lugar» de culto, pero en forma inesperada, que amplía la perspectiva hacia un *culto de tipo universal*.

salvación es Jesús: es Él el verdadero lugar para adorar y comunicar con Dios (Jn 1,51). El nuevo culto querido por el Padre no se prestará ni sobre el Monte Garizim ni en Jerusalén, sino en Espíritu y en verdad. La historia samaritana ha producido un pueblo separado, la fe en Jesús lo vuelve a unir *al único Padre y al pueblo de Dios universal*. El Espíritu establece la relación con Dios *como Padre*, excluyendo todo particularismo religioso discriminatorio. Un tipo de oración universal, en el sentido de que se propone a todos, pero tiene una dimensión trinitaria. Será una oración filial, es decir, la oración de todos los hijos de Dios.

El relato, por un lado es una historia de amor, un diálogo en el que Jesús quiere llevar a la mujer a conocer su don. Por el otro el Esposo está de viaje: viene de lejos, en busca de la esposa. Ésta por último, después de haberlo abandonado al crepúsculo del primer día, lo vuelve a encontrar al mediodía, a la hora sexta, la «hora» en que todo se ha cumplido (cfr. 19,30). Es la invitación a la Iglesia-Esposa a ponerse en camino para conducir a la boda a todos los hijos de Dios.

Después de haberse revelado a Nicodemo y haber sido acogido por Juan, el Hijo parte de la Judea: su alimento es hacer la voluntad del Padre, que ama el mundo y lo ha enviado para salvarlo. Para esto continúa su obra, donando a todos el agua viva que viene de los judíos - abundante como la que fluye donde Juan lo ha reconocido como el Hijo amado. De la Judea el agua viva, que genera de lo alto y apaga la sed de todos, pasa ahora por los montes de Samaria, infiel e idólatra, para llegar luego, a Caná de Galilea, pagana (cfr. vv. 43 y ss). La nueva alianza, el nuevo templo y la nueva ley, encuentran su cumplimiento en el don del Hijo.

El relato es un diálogo entre la Palabra y el oyente, representado por la mujer. Ésta ha cambiado varios maridos, pero no ha encontrado todavía el Esposo, del cual también tiene sed. Y el Esposo, fuente de agua viva, la encuentra en el pozo. Así, la humanidad busca al Señor, tiene sed de Él, quiere ver su rostro. En la mujer de Samaria estamos llamados también nosotros a dejarnos conocer para ir a llevar el agua viva a todos. Los caminos que brotan de ella nos hablan de un compromiso de todos nosotros, a través del lenguaje conyugal y del amor que hemos de llevar a todos los hombres.

## ¿Conclusión o misión?

La urgencia del anuncio evangélico implica una mirada más amplia que la que las ópticas normales nos han habituado. Vale hoy más que nunca la advertencia de Emmanuel Mounier: «Se piensa incluso demasiado (...) en los *actos* de violencia, y eso impide más a menudo ver que hay estados de violencia – aquellos en que se encuentran los parados, o en que mueren o se deshumanizan hoy sin barricadas, en el orden, millones de seres - y que, al igual que el tirano es el verdadero sedicioso, la verdadera violencia, en el sentido odioso de la palabra, es el persistir del régimen». Toca a la Iglesia denunciar, en nombre de su misión profética, el falso orden de un mundo donde se ignoran sistemáticamente la dignidad y los derechos de los más débiles y más pobres. En la realización de esta inmensa tarea, es normal que ella, según los diversos contextos históricos, insista en particular, de cuando en cuando, en algunas prioridades. Teniendo cuidado, sin embargo, de no suscitar, con una insistencia unilateral sobre algunos problemas, la impresión de haber perdido de vista todos los demás. Este equívoco se ha producido a menudo en el pasado y se reproduce a veces también hoy, cuando la irrenunciable defensa de los derechos y la dignidad de la vida humana desde el momento de la concepción hasta su terminación natural corre el riesgo de aparecer limitada a la defensa de esta vida *en el* momento de la concepción y *en el* de su terminación natural, dejando relativamente en segundo plano la inmensa gama de prevaricaciones que la azotan entre estos dos extremos.

Con demasiada frecuencia hoy en día, en nuestras Iglesias, “a las cuestiones abiertas parece sobreponerse una tendencia creciente a decir, hacer y organizar. Y así, hay muchos pronunciamientos en casi todos los ámbitos de la vida y del saber, con una producción continua de documentos que el fiel común - pero también un párroco que tiene que responder a su gente – no

podrá nunca no digo “asimilar” sino ni siquiera leer. Y se acuñan eslogans que se repiten sin que se llegue a captar el alcance - a menudo además poco claro - porque se marchitan dejando el puesto a otros sin solución de continuidad».

Si la laicidad es saber dejar espacios abiertos, a costa de que puedan parecer vacíos, un estilo eclesial verdaderamente laico debe saber modelarse sobre el modelo evangélico, que no está marcado por una frenética agitación activista, sino que tiene sus raíces en el silencio profundo de la contemplación. Así ha sido en la misión pública de Jesús. En el Evangelio de Marcos, donde se narra una jornada suya en Cafarnaúm, después de haber narrado que «la ciudad entera estaba agolpada a la puerta» y que Él «curó a muchos que se encontraban mal de diversas enfermedades y expulsó muchos demonios», se dice que «de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración», suscitando el desconcierto entre sus discípulos: «Simón y sus compañeros fueron en su busca, y al encontrarle, le dicen: «Todos te buscan» (Mc 1,33-37).

Es esta contemplación que Juan Pablo II, en la *Novo millennio ineunte*, ha puesto al centro de la espiritualidad y de la misionariedad de la Iglesia del nuevo milenio. Partiendo de la petición formulada por algunos griegos que se encontraban en Jerusalén - «Queremos ver a Jesús» (Jn 12:21) - El Papa escribía: «Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo «hablar» de Cristo, sino en cierto modo hacérselo «ver». ¿Y no es quizás cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?» (n. 16)..

Es justo, ciertamente, ir hacia los hombres y las mujeres de nuestro tiempo. Pero es la lógica de un sincero celo misionero que esto no se haga en un estilo de agresiva y ruidosa propaganda, regalando respuestas a preguntas nunca formuladas, suministrando certezas allí donde era importante que primero floreciese una sana duda, sobreponiendo fórmulas, que corren el riesgo de ser demasiado unívocas y simples a problemas complejos. Evitar estos peligros sólo es posible sobre la base de una seria espiritualidad y una igualmente seria ascética, maduradas en el ámbito de la comunidad eclesial y asumidas como estilos habituales propios.

Antes que en las relaciones con el mundo, los peligros a que aludíamos deben evitarse en la pastoral ordinaria, en nuestro Movimiento, en las instituciones educativas católicas. Es justo querer mostrar Jesús al mundo. «Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros *contempladores de su rostro*». La misma misión exige que, en nuestras comunidades, se tenga de verdad «la mirada (...) más que nunca *fija en el rostro del Señor*» n. 16).

Aquí la misma frontera entre dimensión eclesial y dimensión misionera es difícil de percibir. Se trata de un estilo global, que permite al cristiano ser él mismo, sin más distinción entre “dentro” y “fuera”. «Contemplación, parada, distancia crítica nos devuelven el tiempo de la vida; nos hacen encontrarnos con todos en el mundo, partícipes de las alegrías y las fatigas comunes, nos hacen capaces de permanecer a la escucha, de perder tiempo para comprender, de percibir las prioridades verdaderas, de cultivar relaciones; de volver a encontrarnos en la visita, en la conversación, en la convivialidad, como hombres y mujeres con dudas, problemas, deseos, recursos, con todos, como todos, sin recetas, sin presunciones, sin intervencionismos fastidiosos que alejan».

Basta de parroquias reducidas a estaciones de servicio; basta de un movimiento incapaz de interpretar la historia de los hombres y detenido en fórmulas estereotipadas que, separando el lenguaje de la fe, en uso dentro del templo, de aquél de la vida, mucho más real y participativo, son funcionales a la escisión entre Evangelio y cultura en los propios fieles. Superar el dualismo entre lo sagrado y lo profano significa también llevar los gestos y las palabras de la vida eclesial a la experiencia cotidiana que nos acomuna a todos los demás hombres y mujeres. Sólo así, además, será posible comunicar con ellos, evitando dirigirnos, en un "lenguaje eclesial" abstruso, a interlocutores inexistentes, fruto de nuestras proyecciones.

Es éste el estilo que ha elegido seguir Benedicto XVI, en su primera encíclica, abordando el tema del amor cristiano a partir del humano y, tomando como punto de partida más concretamente, no las formulaciones, incluso magníficas, que este tema ha tenido en la tradición católica, sino el peligro de que resulten totalmente ajenas a los hombres y las mujeres de hoy. Si así fuese, observa el Papa, la «buena nueva» traída por Cristo «quedaría desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana y constituiría un mundo del todo singular, que tal vez podría considerarse admirable, pero netamente apartado del conjunto de la vida humana» (Deus caritas est, n. 7). ¿No es acaso esto el límite de tantas homilías, incluso validísimas, que la gente no escucha ni siquiera porque, ya a nivel lingüístico, no se le pone en condiciones de captar el nexo entre el Evangelio que es comentado y la vida de cada día?

1. La invitación a ser “Reflejo del amor de Cristo” hay que vivirla, además de en el Movimiento, también en la Iglesia. “La orientación de vida dada en Santiago de Compostela en 2000: “Ser matrimonio hoy en la Iglesia y en el mundo”, nos invita a asistir a la labor de evangelización con el compromiso en la Iglesia, en sus movimientos, parroquias, diócesis, etc... Debemos buscar juntos nuevos métodos, para que los equipos y équi-piers tomen mayor parte activa en la Iglesia. Las propuestas y las consignas del documento sobre “La misión de la pareja” deben ser estudiadas, en este sentido, por cada uno y en equipo. (La misión de la pareja en los Equipos de Nuestra Señora - ERI, julio de 2005).” **¿Qué caminos hemos emprendido o sentimos que es urgente emprender en nuestras entidades para realizar esta orientación?**

2. Vivir los Equipos de Nuestra Señora como un “servicio de las parejas a las parejas”. Ponerse al servicio del Movimiento es una necesidad real: esto nos hace servidores de la pareja, la familia, del Evangelio del matrimonio y de la vida”. La caridad no tiene límites y da sentido a los compromisos en el Movimiento de los Equipos de Nuestra Señora, que son servicios de Iglesia. Así nos convertimos en instrumentos del Espíritu Santo y experimentamos en nosotros y en nuestra pareja la presencia activa del Señor. Él conoce las debilidades y los límites de quienes aceptan seguirle, pero da a cada uno la capacidad de cumplir su misión. Vale la pena recordar las palabras del Padre Caffarel: “Los Equipos responden a las necesidades de nuestro tiempo para la pareja y el matrimonio y, por ello, necesitamos parejas que se amen, que creen la imagen de la familia y la sociedad y se comprometan en el servicio del Movimiento”. **¿Cómo se vive el servicio de animación, discernimiento, responsabilidad dentro del Movimiento?**

3. El Padre Caffarel decía: “Tenemos que reinventar el Movimiento de los Equipos de Nuestra Señora cada días”. **¿Qué profecía relacionada con el matrimonio, la sexualidad, el carisma que nos ha dejado el P. Caffarel, estamos llamados a ejercer en la Iglesia donde vivimos?**